

Como arriba dije, la transcrita carta fué hallada por mí entre las páginas del famoso autor cuyo nombre mencioné, y sin garantizar su autenticidad, sino por considerarla un papel curioso, la publico, para entretenimiento del desocupado en cuyas manos caiga.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

UN CRIMEN RARO.

A JESÚS URUETA.

A la hora de la siesta, punzaba el sol con sus ardientes púas el escueto patio del Palacio de justicia, y una andrajosa muchedumbre se atumtaba á las puertas del segundo salón pugnando inútilmente por franquearlas.

En el interior, estaban los bancos de madera repletos de plebe, y sobre la plataforma de los debates, los ciudadanos constituidos en tribunal popular, bostezaban sobre sus desvencijadas poltronas como aletargados por el aburrimiento.

En el banquito del acusado, descansaba un hombre joven aún, y hermoso, á pesar de la espectral demacración de su semblante.

Su amplia frente, de un tísico blancor y señalada por arrugas prematuras, semejava un mármol, rubricado por las nervaturas de las vetas.

Tenia la cabellera encrespada y totalmente blanca, una verdadera maraña de lino, verdes los ojos, aristocráticas las facciones, y la barba,

mosaica y muy larga . . . desmesuradamente larga . . . fabulosamente larga!

Cumplidas las fórmulas de ley, el presidente de la audiencia, dijo al procesado:

—Póngase usted de pie.

La lividez del presunto delincuente se acentuó hasta adquirir transparencias de porcelana.

Entorvecióse el peludo ceño del funcionario y clavando en el hombre su persistente mirada de cuervo:

—Consta en autos, que la occisa era una buena mujer y nunca tuvo usted motivo alguno de queja contra su comportamiento en todo el tiempo en que por mutuo acuerdo hicieron vida marital; consta también, que trabajaba para ayudar en el combate por la existencia al que por compañero había elegido; consta igualmente, que era amorosa en el hogar y cumplió con admirable humildad todas las obligaciones que había contraído en tan siniestro abarraganamiento . . . ¿Por qué, pues, la asesinó usted de una manera tan vil, tan alevosa y tan villana . . . ?

—¡La maté . . . porque de noche . . . de noche . . . me daba miedo!

—Refiera usted con todos sus detalles las circunstancias en que perpetró el delito y las causas que á determinar lo concurren.

—Es un caso estupendo, inverosímil . . .

—Relátelo usted con brevedad.

Las felinas pupilas del hombre, echaron brillanzas de carbunclo, hizo una mueca de maniático, y luego, con trémulo acento, habló:

—Yo soy muy nervioso, increíblemente nervioso, también soy muy cobarde, ignominiosamente cobarde, los delirios de persecución desde la más tierna infancia fueron mi tormento. Quedé huérfano en la adolescencia, y aunque de mí soy perezoso, á pesar de que la indigencia me imponía el deber de elegir una ocupación que rindiera ventajas prácticas, estudié medicina; especulé frente á los libros de texto con tenacidad de sabio, engolfándome con entusiasmo febril en esa ciencia tan laboriosa y tan difícil. Quería ser un notable científico. Combatir con la muerte. Disputarle sus presas. Vencerla siempre. Avergonzarla siempre. Humillarla siempre. Mis maestros se escandalizaban: yo estudiaba con más tesón que ninguno de mis condiscípulos, en el examen teórico los eclipsaba á todos, pero en la práctica junto al cadáver, frente á esos cuerpos míseros de los que perecen en los lechos baldíos de la conmiseración pública, en los anfiteatros, al borde de las planchas sanguinolentas, temblaba yo como un estrangulado, se erizaba el vello de mi epidermis, mis poros se abrían despidiendo sudores, un terror indescriptible se adueñaba de mi ánimo y los instrumentos quirúrgicos eran inútiles chismes en mis manos . . .

La sangre humeante ó coagulada, me llena el alma de pavor, las vísceras muertas me provocan náuseas, las bocas purpuradas por hemorragias me horripilan, y los ojos vidriados de los difuntos, buscan mi retina y la persiguen á la luz y á la sombra

Abandoné los estudios por consejo de mis profesores, y después de muy serias meditaciones, decidí buscar trabajo de cualquier índole que fuese: hortera, aprendiz, operario, ladronzuelo, ó sacristán: me era todo indiferente. Después de improbables empeños, logré que me aceptara como ayudante suyo, un anciano que retrataba á los presos de la cárcel y á los cadáveres de los que sucumben en los hospitales. La pitanza era exigua é insignificantes las labores, pues mi única ocupación consistía en preparar la cámara del retratista y luego tomar copias de las películas negativas copias de los muertos de los ajusticiados de los suicidas de los ahogados de los traperos contagiados musculaturas éticas, amarillentas, pestilenciosas, labios convertidos en habitáculo de larvas, manos crispadas, pies deformes y hediondos, con uñas torcidas y cubiertas de mugre y pelo mal oficio, oficio de galeote ó de verdugo, pero no de una persona honrada!

Mis nerviosidades crecieron gradualmente hasta adquirir tamaños espeluznantes.

De noche no podía conciliar el sueño porque veía revolar en torno de mi lecho cabezas degolladas que reían sarcásticamente exhibiendo los aros formidables de sus dentaduras

Me di á las bárajás, al burdel y á la embriaguez con furia de loco, fui crapuloso desenfrenado, borracho consuetudinario é impenitente tatur; y las bacantes, el juego y el alcohol, antes que consuelos produjeron en mi organismo efectos desastrosos.

Las visiones aumentaron en horribilidad hasta elevar mis terrores á la última potencia.

Mi salud se quebrantó lamentablemente.

La idea de morir fué el torturante y obsesor verdugo de mis días.

¡Aquello no era vida!

Busqué entonces un consuelo en la morfina y lo mismo en el opio y lo mismo lo mismo siempre!!

Después de las depresiones interiores que se sucedían al embrutecimiento de la enajenación, me sobrevenían torvos desfallecimientos y convulsiones nerviosas, que daban con mi cuerpo en tierra como si estuviese atacado de epilepsia.

Estaba irremisiblemente perdido: caí enfermo: un ataque de parálisis me tumbó en la cama, y por la primera vez en toda mi existencia me vi obligado á esperar la sombra en mi tugurio.

¡Horrenda noche!

Las palpitations de mi corazón eran brutales: ante mi vista, entre las ardorosas y exasperadas tintas del crepúsculo, veía bailar frenética rondalla á no sé qué tropa de figuras como trasgos: recuerdo que mis molares rechinaban á impulsos del pavor, hasta desportillarse en los perfiles ó triturarse por completo. . . . !

Ya aliviado, salí á la calle con el exclusivo propósito de procurarme una concubina, pues sentía mi ánimo abatido por completo, y barruntaba que ya nunca podría dormir solo con la placidez que para repararse necesitaba mi cuerpo esquelético.

La encontré muy pronto, y creí, al contemplarla, que el destino se mostraba propicio conmigo por primera vez.

Violante, parecía formada de espumas: tan blanca así era: tenía los ojos negros cual flores de histeria, manos de walkiria y formas de carnaciones atenuadas por sabias y harmónicas flacuras.

A mí me gustan las mujeres flacas.

La emoción plástica de la belleza se produce en mis sentidos con más intensidad frente á un músculo energético que ante una curva exúbera y de encarnadinos tonos: amo los perfiles á líneas rectas, de cariátide, por su soberana rigidez y porque conjuran en mi visionaria fantasía todas las leyendas que condensan las monedas

arcaicas en sus bustos alisados por el frote de profanos dedos.

Nuestra primera velada se pasó agradablemente, entre un libro de Swinburne y el sabroso picor de una charla mundana, salpicada con un buen frasco de *gin* cabezudo.

Yo me sentía dichoso, suponiendo, en mi infantil candidez, que ya nunca más me atormentarían los terrores nocturnos.

Pocos días transcurridos la realidad se encargó de persuadirme de lo contrario, con una crueldad incomparable.

Cierta ocasión, un rumor insólito me hizo despertar sobresaltado, y al tocar de un modo maquinaal el lácteo cuerpo de Violante, noté que se enfriaba, se enfriaba á un grado tal, que hubo momentos en que creí estrechar una estatua de hielo.

Al siguiente día le manifesté sin reserva mis temores.

Me escuchó atentamente, y cuando acabé de hablar se echó á reír, llamándome cobarde.

Después, tomó el libro del diabólico bardo sajón y se puso á recitar con voz pausada la María Estuardo.

Yo temblaba pensando en el suicidio de Percy y en la ejecución del noble Howard.

No sé por qué adiviné muchas similitudes entre la reina de Escocia y mi querida . . . y tuve miedo . . . un miedo sin nombre . . . un miedo

de villano . . . un miedo de imbécil . . . un miedo de loco!

Llegó la noche: proveíme de una estufa de invierno y la llené de troncos, cargué con petróleo cuatro grandes lámparas, que encendí yo mismo, y así, con una temperatura abrasadora é iluminado mi aposento, me acosté, abrazando brutalmente á mi mujer!

Cerca de las doce las luces se apagaron de repente, los tizones dejaron de arder y crepitar en las parrillas . . . y Violante se helaba . . . se helaba . . . como un témpano . . . creo que aquella ocasión me desmayé, pues mis recuerdos en ese punto son muy vagos: lo que sí no olvido es que como esa noche se sucedieron otras muchas...

Yo deseaba separarme de esa sirena, y no podía lograrlo porque ejercía sobre mis potencias una fascinación poderosa y exclusiva: se había unimismado su temperamento al mío de una manera fantástica, la amaba, sí, extravagantemente, con una afección metafísica y de un singular espiritualismo. . . .

Luego, poco á poco, sin causas legítimas y sólo debido á los efectos de un fenómeno psíquico, impenetrable al análisis, mi cariño á la barragana principió á modificarse de una manera radical, y lo que antes era anhelo insaciable de ternuras, se convirtió en inagotable manantial de odios: la aborrecía con inconsciencias de cre-

tino: su persona me excitaba, provocando mis cóleras más bestiales: llegué á abominarla como al enemigo más irreconciliable, sin duda porque los deleites que me daba eran agrios y dejaban en mi sér, después de los espasmos, un repugnante amargor . . . un capitoso perfume!

Pensé en matarla, y la criminosa idea se asoció á mi vida tan arraigadamente, hasta llegar á parecerme esa maldad una cosa perfectamente lícita y hacedera: me procuré un puñal, una gran daga del siglo XVII que me proporcionó á vil precio un rabino comerciante en antiguallas: poseedor ya de esa arma, la oculté mañosamente entre las sábanas, esperando consumir mi falta en los instantes en que Violante principiase á dormir. Por primera vez en todos mis días aguardaba la sombra sin sentirme acometido de pavuras: no me preocuparon los leños de la chimenea ni la parafina de los quinqués: abrevié la plática que de ordinario seguía á nuestro ágape de bohemios y con una impudente brusquedad invité á la ninfa al tálamo . . . me obedeció sin vacilar . . . transcurrieron tres horas, que me parecieron tres años: oía yo el latir del reloj como la palpitación de un corazón vivo aprisionado en caja de metal . . . las doce! . . . mi hembra dormía como una marmota . . . vencí el miedo sin saber cómo . . . me levanté para avi-

var la luz . . . necesitaba claridad de sol en el instante de mi crimen . . . !

Volví á la cama . . . desenvainé! . . . la hoja estaba muy fría, y en su espejeante pulimento tremolaban cerúleas flamillas . . . afiancé el instrumento por el mango . . . y herí . . . herí . . . herí . . . con toda la ceguedad de los cobardes . . . !

Violante se incorporó, procurando con los brazos impedir la maniobra que yo emprendía, sus grandes ojos se abillantaron siniestramente, y en sus labios contraídos por el espanto ví una contracción, que me hizo adivinar que ella se quejaba ó me maldecía como maldicen los moribundos.

¡Cerré los ojos!

¡Y á ciegas continué mi obra . . . herí! . . . Entonces ocurrió algo espantoso.

Unas manos crispadas me estrangulaban: abrí los párpados y vi á la impura, metamorfoseada en un armazón de huesos . . . era un esqueleto que peleaba conmigo pugnando por ahorcarme . . . era la Muerte . . . !

Yo arrojaba cuchilladas al aire, y las manos descarnadas de Violantese hundían como un guante de hierro en las carnes de mi cuello, dejando allí su huella!

Al fin vencí, y la mujer rodó al entarimado,

produciendo al caer sus fémures y vértebras un ruido seco y raro . . .

Entonces, yo, con los cabellos erizados y delirando como un demente, emprendí la fuga, hasta ser aprehendido por el agente de seguridad que me llevó á la cárcel.

Esa es mi historia: no crea su señoría que me burlo del tribunal, no, señor juez, así ocurrió aquello, que se me castigue severamente, anhele la expiación . . . quisiera morir . . . yo amaba á Violante!

Terminados los debates, que fueron reñidísimos, entraron los jurados á la sala de las deliberaciones, y mientras el asesino aguardaba el veredicto de sus juzgadores, el gendarme encargado de custodiarlo díjole con intención perversa:

—Lo fastidiaron, amigo, pero usted tuvo la culpa . . . eso estuvo feo.

El reo respondió, como hablando consigo mismo:

—Era la Muerte . . . !